

Recorriendo por horas, sobre un camino quebradizo, "hollancoso" y polvoriento, la extensa llanura de la sabana guanacasteca, entramos a Filadelfia, o Cantón de Carrillo, lugar de ganaderías en gran escala y paraíso de las grandes haciendas. Belén y Filadelfia tienen ese raro encanto de portalones pamperos, donde el hombre, perennemente pegado a su caballo, es una sola silueta que se mueve en la llanura. Por todos lados los mozos y vaquianos, los sabaneros y peonadas, con sus "cutachas" al cinto, sus sombreritos de trapo adornados con fajitas de cuero vistosas, o con plumas de lapa o paravos. Sus piernas hundidas en las típicas botas de montar o "cueras de coyundaje", les daba un aspecto pintoresco y romántico a la vez.

—Ah mis tiempos —se le oyó decir a nuestro guía, en un suspiro ahogado y profundo—. Me acuerdo de cuando yo era Nazario Dinarte y taconeaba en mi pueblo.—

—Es cierto, — interrumpió Virginia, — que usted nos dijo que era Tempisqueño. ¿Dónde estaba su finquita?.

—Ni me lo recuerde, señorita, que me da "grima" el acordarme. Me hubiera visto usted cuando en mi "campo rojo" paseaba chalán por estos caminos de mi tierra. Aquel "chagüite" que pasamos era el mío, y todos estos recastos. Mire la casita de mi finquita. Ya está reformada y distinta... ahora sí que veo que es cierto el dicho aquel, de que: vale más lo malo conocido, que lo bueno por conocer... — se lamentó desesperadamente el hombre.

Pasamos Filadelfia a vista de pájaro y seguimos a Liberia, pasando por el Paso del Tempisque, y después de rodar siete horas por aquellos caminos imposibles que somayaban nuestras partes posteriores, en una dolorosa realidad, llegamos a Liberia casi al filo de las tres de la tarde.

El sol hiriente, eterno castigador de la zona cálida y tropical, se solazaba desparramando sus rayos "chilosos" por las calles blancuzcas y calizas de la ciudad de Liberia, cabecera de la Provincia.

Es por esto que los interioranos románticos la bautizaron con el trillado nombre de la "Ciudad Blanca", tema frívolo de todos los oradores y catones improvisados de la política, que relajan su berborrea, erigiendo altares a estas alturas, a la belleza de Liberia.

En estas épocas se oyen los sonetos y las cuartillas de remate, de discursos macerados y de verbas salivosas, brotadas al calor de estrechos sentimientos y enclenques deseos, que no sirven más que para embaucar al pueblo.

La belleza de la ciudad romántica de Liberia se analiza



trabajando efectivamente por su adelanto administrativo y cultural, ornamental y social.

La sociedad allí, un poco más remilgada y extraña no nos recibió con el mismo entusiasmo inmediato con que lo hiciera la sociedad santacruceña, pero poco tiempo después, empezamos a formalizar amistades, sólo luego de rigurosa presentación y cumplidos sociales de salón, que desentonaron con nuestro modo de ser expansivo y jovial. Esas pocas amistades, nos fueron poniendo de manifiesto un don de gentes poco común y lleno de esas dulces eclosiones que embriagan el alma de las gentes de los llanos.

A la ocurrente Virginia se le antojó, con la fruición del visitante interiorano, confundirse con la algarabía del hombre pampero. Se sintió deseosa de apurar el delicioso e insuperable vino de coyol. Nos fuimos por las calles encaladas por la naturaleza, buscando en los diversos lugares, donde se nos indicara podía haber vino de coyol. Así recorrimos las principales calles de la población, un poco adelantada por la fuerza de las circunstancias, que ya luce su cuartel principal de armas, joya ornamental y de construcción, que no la tienen aún muchas provincias del interior. Por sus dimensiones sólo la Penitenciaría en San José, puede igualarlo; por su belleza constructiva, sólo el Cuartel Bella Vista lo supera. Es decir, lo que en Liberia pudo ser obra de fomento beneficiosa a la colectividad, lo que pudo haber sido una sólida carretera, un puente sobre uno de sus peligrosos ríos, una zona habilitada al comercio y a la agricultura, un hospital, fué obra de lujo y de ostentación, que hoy engalana la parsimonia de la ciudad de Liberia.

Frente al cuartel de armas, está el parque de la ciudad, con su quiosco sobrio y de moderno aspecto. En el costado Este se encuentra la iglesia, joya que debía ser primordial en todo pueblo consecuentemente religioso, y que aquí está apenas en vías de reconstrucción. Al lado Sur de la iglesia, está la regia planta donde se asienta la Gobernación y a su vera la magnífica escuela que lleva el nombre de un expresidente liberiano. Las varias construcciones modernas, elegantes y señoriales, van desterrando poco a poco las encaladas viviendas, que de día le daban esquelético aspecto a la población tan sólo para permitir un precioso panorama a los ojos, en las noches de luna en la ciudad blanca de Liberia. Otros, con más propiedad justifican esa palidez, indicando que el viento al levantar nubes de polvo calcáreo, encala las paredes de las casas, y por esa misma economía de pintura, se blanquean las paredes por sí solas.

—Algo pasa ahí en esa casa, apuntó Mabel, que era la

que encabezaba el grupo de paseantes. —Miren toda esa gente apañada al frente, vamos a ver?...

Siempre tan curiosa, Mabel, arrastró tras de sí al grupo que una vez frente a la casa, se vió defraudado, pues nada en realidad ocurría.

—Qué es lo que sucede entonces? — interrogó intrigada Mabel, a una de las personas que allí se arremolinaban.

—Pues qué ha de pasar, niña,... la pizarra!

—Pero qué tiene de raro la pizarra? — volvió a insistir Mabel, acercándose más para leer el texto de la pizarra que colgaba de la pared.

Es que ella ignoraba que es tradicional en Liberia, la costumbre de colgar pizarras en varios edificios o esquinas, a veces para refutar apreciaciones, o para hacer públicas críticas sobre algo sucedido en el pueblo. El aludido si lo hay, contesta aquellos cargos por medio de otra pizarra, y así el pueblo pasa de una a otra, divirtiéndose de lo lindo, formándose a veces hasta bandos en pro y en contra de los duelistas a pizarras.

No estaba errado en mis apreciaciones psicológicas respecto a Virginia. En la noche de nuestro primer baile en Liberia, olvidando que su prometido estaba en San José, quizás preocupado por el problema que lo hizo partir, ella, se "abonó" lucidamente, conquistando con su coquetería extraordinaria, a un jovial muchacho, hacendado y locuaz, el cual, sabiéndonos de paseo, le propuso, que al siguiente día, fuésemos a su hacienda, donde por docenas se encontraban volteados los palos de coyol, listos para beberlos, "al pié del tronco", — como dijo Chon.

Hubimos de agradecer galantemente a Choncito, como ella lo llamó de inmediato, la gentil invitación a su hacienda, así como hubimos de aceptar por bueno aquel "copo" de Virginia, que a espaldas de Carlos aceptaba de su galanteador ocasional.

Tarde ya de la noche, por lo excesivamente cansados del viaje en camión, desde Santa Cruz nos retiramos con la esperanza de dormir... pero a la hora "escasita" a lo sumo, en las ventanas de nuestras habitaciones del hotel, una original orquesta y muchas guitarras liberianas, le daban a Virginia, es natural, y a los visitantes en general, una típica serenata. Las canciones eran como verdaderas declaraciones amorosas, puestas sobre los hilos de plata de las guitarras acordes...

Luna liberiana, luna para amar
yo bajo tu manto, lloro de placer;
y en noches calladas, cuando todos duermen...
luna liberiana, yo velo por ti.

Paciencia pues, que la música y la gentileza, bien merecieron el desvelo.

Al siguiente día, bien entrada la mañana, a caballo nos fuimos por los caminos ronderos de la ciudad, donde volvieron a surgir los chagüites, más allá del río Liberia, buscando la ronda de la hacienda donde se nos dijo que había la "saca" de bastante coyol fresquito. Y era de cabalgar y cabalgar por entre callejuelas de piñuela con las cercas aquí y allá de jocote cimarrón, limitando grandes extensiones de "tacotales zocolados", donde el "parasal" cele apenas empieza a brotar. Y es que esto es el Guanacaste: enormes latifundios aquí y allá; hectáreas de terrenos escuetos, "tacotales" enormes que no han recibido la atención de los agricultores, por cuanto que su enorme extensión no se los permite. Estas tierras vírgenes en parte son cebo y carnada para los buitres acaparadores de tierras; presa de la rapiña de unos cuantos ricachones, en su mayoría "cartagos", que han encontrado en aquella bendita región, campo propicio para mover sus tentáculos ambiciosos. Y nada importaría este vulgar acaparamiento, si se empleara en algo esa tierra feraz, noble y fecunda que sólo al contacto de la semilla, devuelve en aras de su savia regia, el ciento por uno en las cosechas.

Por aquí y por allá, a uno y otro lado del camino, enormes campos escuetos, la mayoría de las veces hechos maraña y tacotales, impenetrables, cuyo sólo producto son los tarangontiles, huizcoyoles, canales, morisecos, coyolares, josomecales y palancos, matapalos, ceibos, copeyes, guanacastes, cenízaros, guayabos de monte, cedrales, espaveles y ricas maderas sin explotación que forman enormes breñales y bosques, donde se extravía el ganado y se torna cerrero y salvaje.

En estos sitios, en la quietud dormida de la noche, aullan los coyotes, se pasean los tigrillos y se refocilan los manigordos, pizotes y mapaches.

Cuando exista una ley de la nación que imponga un tributo obligatorio por cada hectárea inculta, serán menos cargantes y menos bochornosos, esos acaparamientos inútiles, que mantienen cruzados de brazos a centenares de hombres machos, que como centauros de la sabana, saben sacar a filazos, y a hachazos, provecho y alegría al suelo virgen, convirtiendo el sudor y su congoja, en manjares de la llanura.

Apena sí, que esta pampa rica y fecunda, permanezca yerma y árida por millares de hectáreas, sólo para dar brillo a los latifundistas, que han hecho de la pampa el "recutidero" de sus ambiciones mezquinas.

La savia fluye en los torrentes, germina en los coyolares salvajes, se amida en los cocobolos o papaturros negros, se

engolfa en el perfume de los jocotales cerreros, en los maderos negros, en los ojoches, en los frondosos y viejos árboles de caoba. La savia se refocila en las ubres de las vacas que pacen cimarronas, se agolpa en la sangre de los potros salvajes, que hienden con sus cascós brutos la entraña del suelo virgen.

Los enormes "caraos" y guapinoles que crecen voluptuosos compitiendo con los pochotales aromados de orgullo en los terrenos olvidados, sólo sirven de guarida a las manadas de congos, que con sus piruetas y guturales aullidos, despiertan del marasmo de las sombras, a esos campos dormidos.

Sólo aquí y allá, esporádicos y como sombreritos de paja perdidos en la multicoloridad de la sabana, se ve alguno que otro rancho pajizo, de sabaneros cuidanderos de las haciendas, que limitan en la penumbra de las tardes y las noches enlunadas, la voracidad de los coyotes y "jostoches" que devorarán sin piedad a los animales domésticos.

De lejos divisamos la hacienda, donde estaba la "saca de coyol". En los grandes potreros crecían caprichosos los "palos" de coyol.

Ya en la hacienda vimos estos troncos de palmáceas, limpios de ramas y recortadas en la cúspide sus hojas en forma de penacho, tendidos en el suelo sobre tucas, y a la sombra.

Allí reciben la incisión de las cutachas en el cogollo, en forma de hueco rectangular, un poco profundo. Luego de ser recubiertos de hojas frescas, son destapados a las pocas horas, hallándose las pilas de los tallos recubiertos de espuma, limpia y cristalina.

Separada esa espuma queda un líquido, exquisitamente dulce, sabroso y fresquito, que los devotos llaman vino de coyol, y que lo toman arrodajados en el suelo, con grandes carrizos o varillitas huecas, a manera de pajillas.

Este vino, a cada nueva ración que se extrae del árbol, es cada vez más seco y más fermentoso, hasta que a los días es un licor delicioso superior a muchas bebidas cerreras o "chichimiscas" de contrabando. Tomándolo al pie del árbol, tiene el sabor agridulce del champán.

Esta tonalidad de vino de coyol es muy perseguido por los hombres amigos del aguardiente.

—Idiay, Cartaguito, qué le servimój? Vino de coyol dulcito o d'ese que hace hablar el yesberigüel... — preguntó una chavala remozada y guapota, que con grandes guacales en las manos, listos para llenar, esperaba a los visitantes.

—Empújele el cojposón, paisita, que aquí todoj somoj guacastanoj, — gritó uno de los embolaos de coyol fuerte.

Pronto las lustrosas y decoradas jicaritas y los enormes guacales, se vieron repletos del precioso líquido, mientras que

nosotros los hombres, más "tágaros" para estas cosas, nos arrodillábamos al lado de los troncos henchidos, a escanciar el contenido con enormes carrizos. Cuando estábamos en esta ridícula posición, recordé de inmediato aquellos preciosos versos, del poeta regional por excelencia, que ha sabido cantar hasta los más triviales motivos guanacastecos, con elegancia y precisión:

—... Cuando se sabe de una coyolera
viene de lejos, a buscar su hechizo;
y hasta el más macho, de mirada fiera,
se arrodilla a beber con un carrizo.

Por todos lados habían mesitas redondas y cuadradas con banquetitas elegantes, y bajo toldos de lona de colores. Aquello era un verdadero sitio de recreo, a estilo de moderno bar capitalino.

A Virginia y Esmirna, no faltó quien se les acercara, jocho y resaquero a requebrarlas de amores, efecto del licor y nada más.

Choncito, el hacendado joven y galante, se deshacía en atenciones para la comitiva y en particular por Virginia, que parecía decirle en sus miradas, quién sabe qué ternezas, justificándolas con su arribo a la hacienda.

Ahora Choncito... veíase talvez un poco más recio de contextura, más alto y garrido en traje de sabanero, con sus "cueras altas de coyundaje", su sombrero alón de pita, su revólver al cinto, y su camisa arremangada con el cuello abierto.

Ahora más que nunca le gustó el sabanero, a mi coqueta compañera, y cuando él vió al "bolo" que asediaba con sus majaderías a Virginia, le dijo:

—Mirá amigo... No seas babieca! Acordate quellés interiorana, y distinta de nuestras chavalas.—

—Idiay "bayunco", — le responde el nica, que no era otro el bolo.—Yo soy hombre entre laj hembraj, y entre laj gallinaj gallo, y en el corral de laj yegua; no me relincha caballo.—

—Mmmm! No me hablés golpeao, compañero, — dijo Choncito apartándose un largo trecho de Virginia, — acordate que aquí está el tronco "morroño", donde se rasca el tigre, carajo!—

—Y qué te habej imaginado voj, "soreco"; aquí ejtá el que ha nacido, y nunca dejará de ser, soy sabanero de la bajura, de la mañana hasta el anochecer... y acordáte que soy nica, negro "motuzo", pendejo!—

—Soy negro y no me afrento de mi color, la caña fístula

es negra... y hace purgarse al mejor. Y si crees "soplao" que porque sos nica me asariás, estás muy equivocado, — dijo el patrón. — Vos lo que sos, sos malcriado, "jeringa"! Sos nica de alma quemada y sos como vaca recién parida, que cuando no se ensucia a la entrada... se caga ya a la salida. Y a estas niñas las respetás, "carrizo", porque de los liberianos no se ha dicho nada!

Nada, compañero, aquí está Diriamba carajo! y no como voj, que hay tontoj que tontoj son, y tontoj que tontoj nacen; y tontoj que tontoj hacen, a los que tontoj no son, — exclamó el nica cuadrándose en medio del corral de embolados y compañeros que seguían con interés la discusión.

—El nica, en un sólo meneo y brinco amenazador, se arrollaba los puños de la camisa, gesticulando al mismo tiempo y palmeándose una mano y otra con los puños cerrados. Así retaba a la pelea al Patrón.

Este, menos socao, contestaba pero trataba de retardar la lucha pues pensaba en los guiños de ojos dulces y evocadores que le diera la Virginia, que estaba casi a su lado pidiéndole que no peleara.

Choncito, el dueño de la hacienda, recapacitó pues, ante las súplicas de Virginia, y se retiró complaciente, aún cuando el nica era su enemigo desde hacía mucho tiempo y sabía que era bastante "marrullero" y "garnachador".

Ese día se mostró el dueño, más amable y más gentil, más cortesano y menos sabanero, pues desde que llegamos nosotros a la hacienda, se deshizo en atenciones para todos, y en mimos y cuidados para la Virginia, que correspondía casi instintivamente a sus cumplidos.

Mal hizo Virginia en corresponder las manifiestas galante-rías de Choncito, pues si bien su novio se había regresado al "interior", sólo era por unos días. Virginia con su sonrisa amable y el tentador reflejo de sus ojos, clavó una racha de ilusión en el alma adormecida del sabanero, que a pesar de sus riquezas y haciendas, sus ganados y sus cosechas, parecía que buscaba la felicidad completa en otra parte.

El nica, cada vez más insolente, para provocar a Choncito, se acercó a la Virginia, y le gritó a boca de jarro:

—Uy, uy uy, soy comodín, donde se guarda el tesoro; si voj querej ser la vaca, yo te ofreico ser el toro.—

—Ydiay, carrizo, respete, si no quiere que lo encueve como a un "cusuco", carajo! — dijo Choncito defendiendo a la Virginia, empujando largo al nica y sin oír él la frase que ella dijo, pues también rezongó un insulto, pero después valientemente exclamó indignada...

—No sea usted malcriado, insolente! La miel no se hizo para los zopilotes.

—Yo no vengo a ver si puedo
sinó porque puedo, vengo,
y a falta de mi muchacha
con una cartaga me entretengo!

exclamó el nica atrevidamente, y ante la soberbia bofetada que le dió la Virginia, exclamó de nuevo:

—Hey, vieja, de tuj muy pulidos pechos
sabiéndoloj ordeñar,
me sale un sabroso queso
y sobra leche para almorzar!—

—Toma tu queso, "motuzo", — respondió Choncito al nica acomodándole una magistral "trompada" en la boca que lo hizo sangrar copiosamente, tumbándolo por el suelo.

La escena tomó color. El corral de los curiosos se estrechaba. Unos vitoreaban a Choncito, y muy pocos animaban al nica, y las muchachas de la comitiva se "encaramaron" medrosas en las carretas vacías dando gritos de congoja. Virginia con sus miradas dulces y emotivas, daba ánimos al sabanero que cuadrándose, capeó valientemente y con maña, los golpes a muerte del nica. La pelea fué de valientes... se acercaban como panteras, cruzaban golpes, y como "manigordos" se alejaban para volver a la carga. Para Choncito era embarazosa su situación por tener calzadas sus cueras de coyundaje. El nica se había percibido de la ventaja que llevaba sobre el patrón, y suspendiéndose en el aire levantó sus piernas, poniendo un par de patadas en el pecho del contrario, quien, en uno de esos instantes de ingenio feliz, capeó otra feroz bofetada del nica y agachándose agarró de los ruedos del pantalón a su enemigo, que alzado en vilo, fué a dar de bruces debajo de las ruedas de la carreta, donde se apiñaban las muchachas dando gritos nerviosos. Choncito se avalanzó sobre el contrario y levantándolo a la fuerza, lo volvió a tumbar al suelo de otra solemne bofetada en el mentón. El nica quedó inmóvil, durante largo rato, mientras todos vitoreaban al vencedor...

—No se equivoquen, jodidos, Aquí está Liberia, y yo soy quien soy y no me parezco a nadie.—

Virginia zalamera fué entonces a felicitar a su defensor, y nadie se percibió que el nica, maltrecho y manando sangre, se arrastraba como un felino, detrás de su castigador. De pronto ella dió un grito... Choncito no pudo dar otro... que se ahogó

en su garganta, hecho quejido. Calló arrodillado a los pies del matasiete, quien con un gesto de chavacano mulero, todavía le gritó burlonamente.

—Ydiay, compañeró, te resentijte... si nu'echo maj que acariciartel!—y blandiendo su enrojecido puñal, retaba como un energúmeno a todos los presentes. Entonces yo altivo, ante la tragedia que nos amenazaba, saqué mi revólver, y de un certero disparo, desarmé al criminal, que abrió la mano atravesada por la bala, cayendo el puñal al suelo, el que fué recogido inmediatamente por uno de los mozos. Virginia presa de terror, se arrodilló a la par del simpático y valiente sabanero, que se expuso a la tragedia por defender a una dama. El impulso de su miedo, de su compasión, no sé, la impelió rotunda, definitivamente a suavizar en parte la tragedia, y solo se le ocurrió, llevar sus labios trémulos, a la boca sonriente del muchacho, que trocaba su sonrisa en rictus doloroso.

En una camilla improvisada, trasladamos el herido a su casa de habitación, olvidando la alegría, los gritos, la marimba, el polvo y las sonrisas morenas.

Por un momento solo, esa escena con visos de tragedia, nos hizo olvidarnos hasta de las impresiones anteriores: las cornamentas de toros, de las fiestas recién pasadas en Santa Cruz, cuando la ciudad ardía de ensueño y alegría. Olvidamos el "tope" regional, donde se lleva a la polca de los cholpos lujosamente aperados, a las morenas hermosas, encontiladas de gracia, de lujo y de cuerpo enchutilado, que provoca el idilio y el amor.

Cosas del destino. En Santa Cruz habíamos estado gozando, y aquí hoy, un hombre herido y desangrado tuvo que guardar cama, arrullado por los cuidados de Virginia, y animado por nuestra solicitud, pues supimos compensar sus atenciones, hasta el extremo de tener que aceptar el quedarnos alojados en la hacienda, con toda la comodidad del caso,—es verdad—para poder cuidar de él, pues en Guanacaste, sólo el cariño y las solicitudes son los que curan, porque allí hay médicos de cuando en vez—cuando faltan medicinas y drogas,—y si las hay, son los médicos los que faltan, por la pésima remuneración y el descuido para otorgarles el equipo necesario para trabajar en su profesión como se debe.

Virginia con sus encantos y atenciones, ayudó mucho a restablecer la salud de Choncito, auxiliando a Reinaldo, el experto farmacéutico,—novio de Carmiña y que por feliz coincidencia viajaba con su botiquín previsorio. El sabanero, al ver a tan bella enfermera a la orilla de su cama, tomó fuerza de flaqueza, y con su juventud y resistencia, sanó más por amor que por las drogas.

Solo hasta el siguiente día, ya entrada la tarde, se logró localizar al médico y llevarlo hasta la hacienda, a reconocer el herido.

Así vino una nueva aurora para el joven y rico hacendado, que al albor de otra mañana soleada y romántica, sintió la vida renacer en su organismo y la ilusión en su pecho de centauro.

Todos se alegraron en el alma del restablecimiento del patrón, no así la Jovita, bella moza y encantadora chola guanacasteca, que al servicio de Choncito alegraba con sus cantos y con sus encantos la hacienda.

Al restablecerse el patrón, todos vimos un nuevo sesgo en las cosas, entre Choncito y Virginia. Empezaron los paseos a caballo, las salidas al campo, los pic-nics a los parajes más bellos de la comarca y el entusiasmo del joven enamorado, para que no nos alejáramos de la hacienda.

Creciendo así este romántico idilio, pude oír una tarde, la conversación del capataz de la hacienda, Tránsito Juárez, amigo íntimo y cordial y compadre de Choncito, con éste, en una hora en que sólo, estaba retorciendo manila, para tejer una jáquima.

Alguna crítica mordaz, le hizo el Mandador a su amigo, porque oí a éste, contestar indignado:

—Pero amigo, por qué me "asarías" con esas cosas?—

—No hombre, no. No es que te asarelle. Pero cómo ej justo, que por una cartaga presumida que apenitaj conocéj, le haigas dado calabazas a la Jovita,—replicó Tránsito.

—Mmmmm! Pues lo tuyo son lolos en casa de alto. La señorita Virginia, me ha ofrecido que me vaya para allá, para Cartago, y ponerme al frente de las fincas de su padre, que ya está muy viejo,—y que a según pienso, es mucho el "zacatillo" que tiene,—dijo Choncito.

—Chól...—argulló el Capataz.—Entuavía créj voj en brujaj, compadrito. No vej que te ejtá enrejando pá sacarte hajta lo último que tenéj?...

Choncito, más que furioso le espetó este reclamo...—No seas mal pensao, el que yo le regalara aquel cholpo jaconcito, no es que ella me lo pidiera. Además, es tan linda mi cartaguita,—agregó suspirando,—que yo hasta mi finquita de Peñas Blancas se la daría.

—No seaj babieca, ni que se fuera a casar con voj,—replicó el Tránsito indignado.—Además, esta es una mujer interiorana, respingada y resaquera. En cambio la Jovita, tiene tres años de ser tu "jalona" y de cuánto te ha servido esa chavala; además, ell'es de tu patio.

—Idiay, Jeringa! qué te importa a vos lo que yohaga?— exclamó resentido Choncito,—pues... si ya la Jova no me gusta, y la señorita Virginia, tiene una conversona tan galana...

—Si voj,—dijo Tránsito,—pero esta mujer ej interiorana, no ej de tu patio y a lo mejor lo qu'esa quiere es reirse de voj. No compadrito... voj a quien te conviene es a la Jova.

La ilusión había cegado a este pobre sabanero, que casi voluntariamente, hacía sufrir a una humilde y bella mujer de la llanura, la que con todo cariño y resignación había compartido con él, horas de alegría y de tristeza; le había dado sus fuerzas y ofrecido sus encantos, en pago de su cariño y nada más, pues las mujeres del llano, aman con un sesgo de egoísmo, pero de todo corazón. Por eso me extrañó sobre manera, el gesto que adoptara la Jovita, que había oído oculta la conversación entre su hombre y su compadre. Me extrañó sí, porque una chola de la pampa, pelea y defiende su amor, hasta con sangre si es preciso y nunca se corre ante una rival, cuando tiene los derechos. Por eso me dolió en el alma, el oír la queja de un amor herido, brotando de los labios de una mujer vendida. La Jovita, díjole a Choncito, con aquel dejo de amargura que sólo se nota en los labios de una mujer sin esperanza.

—Choncito!... Ya me voy. Me vuelvo pa'la villa. Por una cartaga vieja me has hecho "pichicateces". Tres años de haber sido tuya solamente, esperando me cumplieras, que llegaría el día de Dios, en que el Padrecito nos casara... y ahora ya no me querés!—

Este dolor natural y emotivo de la hembra herida, me soliviantó el ánimo. Esmirna me recalcó esta pena diciéndome al oído.

—Si así llegaras a ser tú, querido!...

Aquel hombre enamorado se me hizo repulsivo, por la forma de tratar a mi paisana... mas aún, cuando lo oí decir, con tono duro y despectivo.

—Ya venís vos con tus maldituras. Andáte pues, si sabés que ya no te quiero, pa'qué haces tanta alharaca?...—

Este dolor, esta desesperación, solo hizo mella en el alma de Tránsito Juárez medio analfabeta, que tenía en su alma toda una enciclopedia de sentimentalismos y de afectos. Por eso le oí suplicar.

—Si voj, otra como la Jovita no conseguís. Esa otra cartaga endespúes se vuelve pa'l interior y te deja a voj guindando... Así que ejté bien comida, bien pasada y con caballo regalao.—

Aquella amonestación sublevó el ánimo del sabanero, porque exclamó indignado...

—Y qué te importa a vos, carrizo? A qué viene tanto

brinco estando el suelo tan parejo? Yo soy el "tágaro" de la llanura, para la penca, el golpe y el cuchillo!—

Esto era un reto, pero el amigo dominó su impulso y por el recuerdo de aquella valiosa amistad, su compadrazgo y el trabajo quizás, que era el único que le daba el pan y los frijoles a sus panzuditos chigüines, se atrevió solamente a rezongar...

—Ejtá bien, Choncito. Ojalá que naide tenga endespuejí que burlarse de voj... Un hombre macho de la pampa, moji-gato y hecho un muñeco de una mujer que no te quiere!

La Jovita, más ofendida terció entonces...

—No se apure ujté, Tránsito... es nadar contra corriente. Voj no tenej alma, Chon. Trej años de quererte yo, como quieren las cholas de esta pampa guanacasteca..., mentirosos! Y agora me cambiás por una fuerera; quera Dios y el Cristo de Esquipulitas, que pagaráj muy caro todo ejto... Presumido!... Cimarrón!

Una lágrima furtiva brotó de los ojos de Esmirna, acompañando el llanto de la Jovita, que dolida y tristona se fué... y se fué por el camino polvoso, dejando la huella de su amor truncado, como va dejando huella "el norte" entre las milpas..., o como deja la huella el "jostoche rondero", o el "mapache" herido, hasta su madriguera.

Tránsito también compartió esta pena, porque también se alejó, dándole un último reproche a su patroncito y amigo...

—Adiós, compadrito! Yo también me voy... y acordate... cambiás lo mejorcito de esta hacienda por una cartaga... y no te olvidés, qu'es muy triste morir a oscuras y no gozar de una morena, o irse d'este mundo al otro sin saber lo qu'es cosa buena, como dijo el santacruceño.—

Choncito no pesó las palabras de su "compa", pues con la mayor indiferencia, contestó al amigo que se alejaba entre los ranchos...

—Adiosito pues, compañeró, y no me las tirés al aire, que no soy alcaraván; tirámelas en la punta que de allí no se me van.—

EL SABOR CHACHALTE DE UNAS CALABAZAS

La tarde caía violentamente, como si quisiera ocultar entre las sombras grises, la pena de la Jovita y del Tránsito Juárez, que transidos de congoja, solo guardaron un secreto desprecio, por aquel sabanero que por un momento de ilusión, hizo pedazos el alma de una moza.

Los congos, con sus notas de órgano de iglesia, bordaron el silencio de la tarde gris, como si quisieran agarrar con sus lamentos, la capa del sol que se caía de bruces por la lejanía lempa y dormida.

Los últimos zonzchiches graznaron muy bajito, al irse a refugiar en las copas de los enormes guarumales.

La majestad de la tarde pampera, sorprendió monologando al sabanero...

Parado... semioscuro, como se ven esos árboles quemados o "birotos" en medio de la yerma heterogeneidad del paisaje, así Choncito se quedó pensando, hasta que exclamó a media voz...

—Vaya pues... en verdad qu'es arviolao el Tránsito!... Y la Jova...? Tsss...! Aca...! Qué me importa ya! Si es que la Virginia es preciosa. Si será sonso mi compadre. La Virginia es lindita... blanca, blanquita como la leche de papaya cele, con unas chapas en la cara, como migajas de zapote remacduro!... Y aquellos dienticos... blanquitos como la yuca... y ese cuerpo...! Mi mama, si es bien cachudita, ya quiere cornear. El último día que nos fuimos a bañar al rillo, me le fuí acercando... acercando, y de seguidita me le fuí de medio lao. Y ya tengo muchos días de andar con ella para allá y para acá. Salimos a caballo en las tardes de sol, por los tumbos y las milpas, a correr por las rondas y los chaquítes... , a lazar toretes y potríos en mis sitios... y cuántas veces se ha venido a la polca de mi yegüita jacona, y yo cantándole aquella canción que le compuse a la orilla del rillo, cuando nos bañábamos tranquilos en la poza quieta.

Qué canción! Se la canté luego en la noche, sentados en la tranquera, frente a la media luna, oyendo allá a lo lejos, bramar los congos en las bajuras del río.

Esmirna se solazó oyendo aquella canción sentida y me dijo.

—Cecilio... es verdad que el amor es más fuerte que cualquier otro sentimiento o deber?

Yo me limité a acercar mi mejilla a la suya, para escuchar la queja de amor del sabanero, que cantaba con suave ritmo enamorado...

“Ya la luna se acuesta
boca arriba
y con sus cuernos
mi tonada escribe;

Chavalita, dormite con la luna
y con el “pacholí del Nayuribe”

Oyite vos que alegre
la marimba
tocando el Punto
con aquel quijongo,

Chavalita, dormite en mi regazo
como duerme en las gambas aquel congo.

Pareces un chutil
de cornizuelo,
donde la hormiga
cachudita vive;

Ya la luna se fué, dormite ahora
que la noche me huele a Nayuribe.

—Mira, mira Cecilio!... exclamó como asombrada Esmirna.—Mira a Virginia allá en el patio, acercándose a Choncito.

En verdad, Virginia, coqueta y zalamera se acercaba al romántico sabanero, y con amabilidad extrema le dijo:

—Qué canción más divina! La cantas siempre para mí Choncito?

—Claro, señorita Virginia... Ya usted sabe que para usted la hice. La canto porque siento un nudo de alegría en el alma, y aquella noche al sereno, con sus besos, me hizo usted olvidar que yo soy solo un sabanero y usted una niña de ciudad.—

Esmirna, más curiosa que yo, trataba de no perder una sola palabra del diálogo, pues entreabriendo más la ventana, se reclinó en el marco para escuchar mejor.

Yo que critiqué su obstinada curiosidad, fui sorprendido con la noticia escueta, de que ya ella había conversado seria-

mente con Virginia, amonestándola de veras, sobre aquella coquetería improductiva, y sí muy censurable, pues era indigno de su educación y cultura aquel trivial idilio con el engreído dueño de la finca.

Yo me resentí mucho, y no supe a qué hora le repliqué contrariado...

—Indigno por qué, Esmirna, de llevar un galanteo con el dueño de la hacienda?

—No, Cecilio, no me has comprendido. No es el hecho del idilio con el dueño de la hacienda. No te ofusques, mi vida. No es que él no merezca! Yo comprendo que vas a creer que porque es un guanacasteco, no puede flirtear con una mujer del interior... No, no es eso! Lo que te he querido decir, es que siendo él, un muchacho noble y sincero, abierto, llano y acogedor como estos campos, no merece que Virginia,—una mujer que no podrá ser nunca suya,—vaya a coquetear de esa manera, cuando solo iba a permanecer unos días a su lado.

—Pero no eras tú, negrita, quien me suplicaba que no dudara de la seriedad de Virginia?—le repliqué entonces.

—Sí, desgraciadamente me equivoqué al decirte aquello, Cecilio. Ahora se que es cierto,—que cada cabeza es un mundo.—Ahora soy yo quien la critica, pues nada tiene de malo sustentar un flirteo, pero cuando se es enteramente libre. Estos idilios momentáneos, hoy uno aquí, mañana otro por allá, lo único que hacen es quitarle a una ese halo de seriedad y de respeto, y convertirla en perfecta coqueta de las circunstancias, y mas en el caso de ella, que siendo ya comprometida con Carlos, no debió tomar las cosas tan a pecho, ni dejar que el amor se arraigara en el alma de Choncito... Dime Cecilio, como es posible entonces el amor-dualidad? Por que creo que ya Virginia siente amor por este muchacho, y no me explico cómo, estando enamorada y comprometida con Carlos?...—

No Esmirna,—le expliqué embarazosamente.—No es que está enamorada de nuevo. Sí es cierto que hay en ella un dualismo, pero son las mismas circunstancias las que la hace manifestarse bajo esas dos facetas. La dualidad consiste en que su amor espiritual por Carlos la liga a él, y han comulgado los dos en la divina fuente de la comprensión; en cambio con Choncito, es material la fuerza de la atracción, y por el antagonismo de la materia y el espíritu, tiene esa rebeldía y capricho para con él, que cree amor... pero no es otra cosa que un desahogo temperamental ya que con Carlos ella nunca ha tenido esas expansiones, propias, que inquietan la materia.

—Entonces, Cecilio, cuál es el verdadero amor que debe cultivarse para ser enteramente feliz?—Me preguntó Esmirna ligándose a mi brazo cariñosamente.

—Tú acabas de decirlo, Negrita. Cada cabeza es un mundo, y en mi caso no podré darte más que mi opinión personal. Pues creo firmemente, que si se cultiva el amor espiritual de manera exclusiva, esas almas se remontarían a un limbo de ensueño y fantasías, y que como burbujas de cristal o pompas de ilusión, estallarían al primer embate del fracaso, y volaría en mil pedazos deshecha su idealidad y su firmeza. Si se cultiva a la inversa exclusivamente el amor material, sería éste en los primeros tiempos, un amor quemante, de enervaciones y voluptuosidades; un amor que colmaría de plenitud el ánfora de los deseos, que ahitos luego, desfallecerían por consunción, se liquidarían recíprocamente, hasta caer en el hastío y sumergirse en el fracaso. Pienso así, negrita, que el amor debe tener esa dualidad, pero consigo mismo, alternando el espíritu con la materia en una forma sutil, delicada, sin fricciones.

Cuando comprendí el sentimiento de mi amiguita le pedí perdón por haber juzgado erróneamente su indicación. Entonces me contó, cómo ella reprendió a su amiga Virginia por aquella aventura que sólo había servido para reafirmar el concepto equívoco, que yo le hube de prodigar por su frivolidad. Le había hecho ver que nada obtendría de aquella aventura... que nada bueno sacaría, salvo el caso de dejar sentado en el criterio de las gentes de esas regiones, que las cartagas sólo llegan en busca de aventuras fáciles que les deparen unas felices vacaciones, al menor costo posible de sus economías.

Y si su novio volvería pronto de la capital, cómo se exponía a jugar con fuego? le repliqué yo.

Por esto acepté a escuchar, junto a Esmirna el desenlace fatal de aquel idilio en ciernes, donde Virginia, contra su voluntad, tendría que jugarse ahora un papel de vampiresa, y de coqueta frívola, cosa no muy difícil de aparentar entre algunas mujeres que visitan el Guanacaste en sus excursiones veraneras.

Me dolí de ver a Virginia, representando esa escena, única salida de este enmarañado amorío, así como me preocupaba imaginar la desilusión que habría de sufrir Choncito, pues su amabilidad y entusiasmo por atendernos, ya rayaba en fraternidad.

Qué sabor "chachalte" debe sentirse al recibir semejantes calabazas!

El trance era doloroso, pero Virginia debía dar por terminada aquella noche esta aventura, y por esto, con voz segura pero emocionada contestó, a la par que un suspiro profundo ahogaba su corazón...

—Oye Choncito... tu has sido muy bueno conmigo, me has llevado por toda tu finca... me has regalado tu mejor

caballo... me has llevado a conocer y a pasear por todas partes, por donde he querido. Mi estadía aquí ha sido muy feliz... , bellísima... y tú muy servicial, muy atento... pero de esa noche... olvídate mejor! Tú debes comprender que fué una locura... yo nunca debí hacerlo... No creas nada malo de mí, me ofenderías. Lo hice talvez por una coquetería inocente, de la que ahora me arrepiento...

Virginia escondió el rostro, que a los débiles rayos de las estrellas, parecía emocionado, por el papel que estaba obligada a presentar.

Un fuetazo en mitad de la cara, no le habría producido mayor efecto a aquel sabanero, franco, leal y enamorado, servicial y emotivo.

De modo, señorita Virginia, — casi gritó Choncito — que esos besos fueron sin amor...? Me los dió usted por qué?... Por qué me besó?... es decir que usted...—

—No, no digas eso, te lo suplico! — clamó Virginia adivinando aquel reproche. Luego tuvo que mostrarse dura contra su voluntad. Era el momento—. Pero Choncito, no vas a creer que por eso, yo voy a estar enamorada de tí... qué locura...!—

—Entonces... pues..., ni siquiera me quiere usted?—dijo casi desesperado el muchacho.

—Sí, te estimo mucho, tú has sido muy bueno con nosotros, pero de mi persona a la tuya...

—Qué?... Porque soy un sabanero?... —interrumpió casi rugiente el aludido—. Si tengo alma como usted talvez no la tiene... Además, yo siento que la quiero ya! Para qué me dió con sus cosas tantas esperanzas?... Si creía que usted tenía corazón, y por eso tenía estas perlas, que yo mismo le traje desde el madreperlar de la costa.

Virginia estaba emocionada, pero sin perder su aplomo, le contestó con ironía fingida. Sí Choncito, yo no te quiero como tú quieres que te quiera. No es posible. Yo soy una y tú eres otro muy distinto. Yo he venido a pasear aquí, a distraerme, a gozar, y acepté tus atenciones y tu hospedaje por gratitud, porque me defendiste de las patrañas de aquel nica insolente, y como por mi culpa casi, fuiste herido, creí mi deber cuidarte y hacer algo por restablecer tu salud. Pero tú has tomado todo muy en serio. Además, yo tengo allá en San José, mi novio oficial, que es un muchacho abogado, de muy buena familia, de dinero, y sobre todo muy decente para vestir... —Aquello lo dijo Virginia, con repugnancia, estoy seguro.

—Entonces, usted se vino a reír de mi cariño, —reclamó con desesperación Choncito. Vino a jugar con el alma de un campesino guanacasteco, que tenía dinero, caballos, fincas, y

un alma blanda como la masa para el "atol pujagua". Bien tenía razón Tránsito Juárez, —repitió dolorosamente—. Hay cartagayas presumidas y coquetas, que aquí vienen sólo a buscar un amor de temporada... Razón tenía la Jovita, de que era una fuerera sin alma y sin entrañas...

Su irritado exabrupto, fué interrumpido por uno de los peones de la hacienda, que sombrero en mano saludó a Virginia al aparecerse de su cholpo sudoroso, y le entregó un telegrama que ella abrió con nerviosidad.

Las frases del Patrón le sonaron terribles al oído. Nunca había escuchado un insulto mejor justificado, sin razón casi de su parte, pues ella era sincera, aunque ahora le tocaba desempeñar un papel que estaba muy lejos de ser real. Era tanta su congoja, que no se percibió que el telegrama había caído al suelo, y sólo se aventuró a decirle al enfadado muchacho, frases sin sentido... hasta que coordinó una idea.

—En fin, vamos a ver, Choncito... No te enojos conmigo por tan poco. Mi novio es algo distraído, sabes?... Mejor dicho, algo indiferente, comprendes?... Lo que pasa es que tiene mucha plata, y si alguna vez resuelvo no casarme con él, tendré presente que tú me quieres y que tienes fincas y dinero, motivo principal para un matrimonio en estos tiempos, aunque tenga que volverme una campesina, y me vea obligada a vivir aquí.

Con una caricia quiso borrar la infamia, y se alejó abochornada, de la escena representada.

Un silencio sepulcral envolvió los corrales de la hacienda. Dentro de la casona en alto, sólo los zollosos reprimidos de Virginia se escuchaban, cuando con el rostro hundido entre la almohada de balsa, desahogaba arrepentida aquel gesto de felonía, que no estaba acorde con su temperamento jovial.

La noche había caído definitivamente. Como la silueta de una sombra fantasmal, quedó Choncito; como un tronco sin vida tronchado por uno de los nortes que arrasan la llanura,

La desesperación le dió alas a su fantasía y exclamó, como si su reclamo lo hiciera a un Dios oculto testigo de su desgracia:

Ay Diosito, yo qui'hago con mi pena...
con esta pena que me trae tan jocho;
siento algo así como la testa llena
de sentimientos en las formas de ocho.

Voy al atajo, y al chagüite millo
prendida mi cutacha como un dije,

y a pesar del bochorno, me hace frillo,
y las flores me huelen a chicuije.

...Si Papito, yo voy como el pizote
en ronda apelmazada de ceniza...
en mi cara maduran los zapotes,
y en mi alma, me pica una chipiza.

Todito para mí, ya vale nada!
Yo mismo soy un pacholí de ensueño.
Estoy pa' formar parte en la camada
de los que tienen corazón sin dueño!

Oye, Tatica, mi lamento tráido...
Por qué's tan resaquera mi chavala?
Si yo no soy tan sonso, ni estoy cáido...
Por qué Diosito, la chigüina es mala?...

Yo voy chalán, con mis aperos finos,
y mi cholpo tan josco y aviola...
pá qué jinete, si solo en los caminos
voy rumiando un dolor desespera!

Es blanca, como leche de papaya
con chapas de zontomos en la cara,
parece allá de lejos, virgen maya,
pero de cerca una pantera rara!

Yo quisiera tenerla en mi ranchito
para amansarla a besos y abrazos;
y si nó pa' marrarla de un carito
y obligarla que me ame a latigazos.

Si, Patroncito, déjame aguaitarla
y seguirla a través de la llanura;
yo quiero, pa' poder apersogarla
toda una sogá hacer con mi ternura.

Dame música y miel, para enrejarla
y hacerla ver los cielos a mi lado...;
si no, dame coraje pa' domarla...,
o valor pa' seguir decepcionado!!!

En su pena manifiesta, apenas notó la presencia de su
Mandador, que al verlo así sufriendo, quiso ayudar a que el

dolor de aquel amigo, se hiciera más amargo, porque con sorna gritó... —como para que fuera notada su presencia.—

—Cuatro cosas hay en la vida, que en mi casa no han de faltar: bueyes gordos, mujer guapa, trapiche y cañaveral,—y al ver el telegrama en el suelo, adivinó por instinto la tragedia de Choncito, porque leyendo ávidamente el contenido, le dijo a su amigo.

—Ya ves, Choncito. Yo te lo dije. Si compadrito, yo te lo advertí! Mirá el telegrama que le mandaron a tu cartaguita. Oyite vos: allí nomasito estaba en el suelo... "Señorita Virginia Monterrosa... Iré pronto... a reunirme.. con mi cielo... Recibe... los cariños... de quien.. mucho... te ama... Carlos...." Habreis visto María Luna, que aquí está tu renco Iglesias?...—como dijo don Bartolo.

El golpe recibido por Choncito fué terrible; y ante la realidad de las cosas, solo se limitó a balbucir:

—Si vos..., tenías razón! No hay por qué desiar chuchecas, si solo frijoles como. Y qué bayunco fui, despreciando a mi Jovita...—

—Aprendé a mí compañero,—continuó Tránsito,—que no soy gavilán muy bobo y me tengo por cazador: si me cazo una buena polla, es porque soy gavilán de honor!

El Patrón aceptó como justo castigo, aquel desliz de su cariño, y se limitó a exclamar...:

—Ah mi Jovita, mi chavala guanacastana! No hay como nuestras mujeres, Tránsito. Lo quieren a uno de veras, y aun cuando están bravas, lo hacen a uno revolver el "pinzote"... Si volviera, Tránsito... Si volviera... le pediría perdón!

—Si volviera... Qué...?—preguntó Tránsito curioso.

—Daría cualquier cosa, compadrito!

—Cualquier cosa, compadre?... Si dieras cualquier cosa, yo me comprometo a buscarte a la Jovita,—afirmó el Mandador.

—Pide lo que quieras,—exclamó desesperado el Patrón...

—Te lo doy, si vuelve mi negrita!

—Pues tendrás que darme tu caballo jaconcito, "el Campo le Falta", compadre,—dijo Tránsito cuyos ojos brillaban avariciosamente.

—Qué?... Mi potro "Campo le Falta"? Pero sabés lo que me estás pidiendo Tránsito?—

—Y sabés lo que vale la Jovita en esta hacienda, Patrón?—replicó el chantagista de cariño, Tránsito Juárez.

—Es verdá, compañero. Cojete el "Campo le Falta", pero buscame la Jovita,—dijo lastimosamente el sabanero.

—Un momento, compadrito. Yo no puedo montar ese potro tan fino, con mi albarda vieja de cuero crudo, yo quiero tam-

bién la albarda de teja que está allá arriba en el "zaguán siller".—

—Qué decís?—rugió indignado Choncito.

—Ah... ah... ah...!—dijo despaciosamente el Mandador. —Acordate compadrito que la Jovita...—

—Sea por la Jovita,—dijo Choncito ahogando un lastimoso suspiro. Llevate también la albarda de teja...

—Pero con el "pellón",—agregó Tránsito.

—Ahhhhhh!—exclamó sobresaltado el Patrón.

—Y el freno, y la jáquima, y las espuelas...—agregó el Mandador con descaro.

—Qué eeee?...—replicó indignado el hacendado.

—Y la "chafalotita" también. Aquella chinga, compadrito, y si nó... acordáte... No vuelve la Jovita.

—Deseos tengo de pegarte un golpe, Tránsito, si no fueras mi compadre... En fin, bien vale un cariño como el de la Jovita, hasta mi misma hacienda. Llevate el potro, la albarda, el pellón, el freno, la jáquima, las espuelas, y la cutacha... amigo... que este amor que llevo en el alma, verdadero y vencido por la negra, no lo volverá a jorobar ninguna otra mujer por pintada que me parezca.

—Así me gusta, compadrito, y agora cerremos trato; necesito un documento a lo macho. Un documento como sellan sus tratos los hombres de la llanura... Necesito... un pelo de tu bigote...

—Ah compadrito... esto bien vale un bigote! Toma mi palabra y mi juramento moral. Un bigote de mi cara!

—Tanto querés a la Jovita, compadre? Hoy mismo dejaré de llamarme Tránsito Juárez, si tu negra no está en la hacienda,—dijo el Mandador con plena seguridad.

—Aquí estoy, mi cholo viejo! gritó la Jovita saliendo del "zaguán siller". Cómo m'iba a ir... si vos a mi ya me tenés como garcita en estero... dijo cayendo la linda moza en brazos de su Patroncito.—Cómo querías que me fuera, si vos sabés que te quiero?... Y agradecele a Tránsito, que me devolvió con engaños del camino, no porque yo solita hubiera vuelto, a estormentar a esa presumida y a ponerte la "chiponda", morada a puros "chimborazos"—agregó melosamente.

Un abrazo largo, largo, como son largas las horas de bochorno en la llanura, unió estos dos seres, que ya tenían almas afines.

Este es el amor de la pampa... un amor lleno de penas dulces que se adentra en el alma de los sabaneros... que desgarrar y que punza, pero que al mismo tiempo es alegría y lenitivo para los enamorados.

Así se quiere en la llanura, con odios y con dulzura; con

mimos y resabios. Este sublime amor que crece salvaje como los morisecos... con olores a malinche y a flores de reseda. Por eso siempre se ha dicho del amor de la llanura que es como árbol de malinche..., que primero es flor, aromas... y después... solo son vainas!

Esa noche, el arrullo de la reconciliación sembró un nuevo germen en el alma de aquellos enamorados, que se han seguido queriendo a través de los días y de las noches, sin la sombra de los recelos estúpidos y ficticios, de las aventureras y los aventureros, que solo buscan en la pampa guanacasteca, escribir con sus idilios, una amarga historia, consecuencia de esos amores tempestuosos y ocasionales... los amores de temporada!!!

EL JICARO DEL CAYURE

Como el último gesto vago de un domingo, excesivamente cargado de alegrías, ese lunes siguiente, al desembarcar del avión, el Licenciado Carlos, novio oficial de Virginia, aún escuchó el grito cancanante de algún "bolo" trasnochador, por las calles mañaneras de Liberia.

Momentos después, en el hotel tomaba una bestia para dirigirse a la Hacienda, donde estaban todos los veraneantes. En la última esquina del cuadrante, Carlos, que iba en su caballo como un anhelo detrás de una ilusión,—esperando reunirse pronto con su amada...—oyó todavía un dejo doliente de marimba desvenjada por el ardor de una noche de "paranda", y que puso una nota indefinible en el espacio. Carlos llegó a la Hacienda ya muy entrada la mañanita, a unirse con nosotros que nos íbamos a la costa, a respirar el aire yodado de las playas del Pacífico. A las playas del Cocol Luego a las playas del Tamarindo! A las playas del Icacall! Qué dulce evocación tendría para nosotros todo esto. Yendo a la costa, lavaríamos el cuerpo del excesivo cansancio de las jornadas y los días de fiesta, las noches de baile... y en la tranquilidad somnolienta de las playas, iríamos a perder la modorra y el marasmo recalcitrante, que deja siempre una gran alegría.

Después de la temporada en la Hacienda, y del incidente de Virginia, ahora sólo nos quedaba una pesantez en el ambiente, como la modorra que dejan en el cuerpo y en el alma todas las lucubraciones saciadas.

Era ese hastío que queda, después de todo anhelo cumplido, y nos fuimos a caballo, por las rondas ahora tranquilas, llenas de polvo y de aromas de reseda.

En aquella última jornada a caballo, camino de las playas del Cocol, bajo el sol calcinante de la pampa, encontramos a nuestro paso rancherías aisladas hasta que llegamos a la bella Bahía de Culebra.

La enorme herradura natural, que forman los dos salientes de la costa: Viradores del Norte y Viradores del Sur, dejan semicerrada la vastísima bahía, el fondeadero natural, de mayor valor estratégico a lo largo de muchas costas de América. Su estructura geográfica lo hace, el mejor puerto natural del Pa-

cífico, por sus defensas naturales, por su intensa profundidad, y por su magnífica extensión, que es capaz de albergar la flota yankee junta entre sus aguas.

La entrada estrecha y curva, por las estribaciones de los Viradores, dejan una angosta ruta, la que solo daría cabida al paso de cuatro barcos en fondo.

Pero nuestro mayor interés, era ir al balneario natural del Coco, y enfilamos a la Bahía donde se asienta el pequeño caserío con su casa de resguardo que, en oportunidades sirve de hotel.

Estábamos a 8 de febrero, y la majestad de las tardes llenas de nacar y de celajes múltiples sobre el jade del mar, nos retenía en las playas. Allí pudimos departir con turistas y viajeros de todas partes. Bailamos en pequeñas tarimas de madera, dimos serenatas a las noches estrelladas; hicimos correteos a caballo por las costas inconmensurables y anchas, como si éstas fueran las sábanas con que se arropa el mar en las madrugadas de frío. Las palmeras, como borrachas de ilusión, queriendo arrullar al mar, retienen cada tarde de sol entre sus ramas de abanico el último jirón del sol vencido, para abanicar el idilio de los enamorados, que se adormecen con la canción del mar y de las olas y que se hastían de espumas lácteas en la playa.

Las tardes y las noches en el Coco, son como fantasías a colores, que un Dios artista arrancara al cielo, al mar y a las palmeras y, en forma de paisaje lo obsequiara a los turistas que se aventuran por la majestad de las playas blancas de ilusiones.

Las palmeras son solo centinelas que recogen del viento la melodía de las horas que se van.

Los parasales de tierra adentro son garras que se amalgaman al encanto de las brisas marinas, que las entregan a los excursionistas como bocanadas de besos tibios y emotivos, entre los párpados entornados de los románticos bañistas.

Fué esta estadia, una leyenda vivida en brazos de una ilusión verdadera: llena de jade, de sangre, de espuma y de perfumes.

Por este tiempo las chirriantes y desvencijadas camionetas, hacían servicios a los lugares distintos de la provincia, facilitando así el turismo. Para nosotros los excursionistas era más distraído y emotivo hacer las giras a caballo. Nos resultaba fastidioso y sumamente duro, montar en esas camionetas en tan pésimo camino, acostumbrados como estábamos a recorrer las calles de la capital en carros de lujo.

Por eso nuestro regreso tuvo otro rumbo, y como la suerte nos acompañara en todo momento, devolvimos los caballos

a Liberia y en un barco pesquero que anclaba en la bahía, embarcamos costeano la península hacia el Sur.

Bordeamos Punta Mica, Punta Gorda y Cabo Velas, y nos adentramos en la preciosa ensenada a cuyo fondo se asienta el palomar precioso, del pueblito de Villarreal.

Ya en las playas, empezó de nuevo la alegría, la caza, la pesca, los baños de mar, las excursiones en botes veleros, y la búsqueda de "pianguas" y chuchecas. Tostándonos el pellejo al sol de la tarde y refrescándonos la vista frente al mar, en los atardeceres de índigo y de amatista, pasaron tres días, para la comitiva inolvidables.

Desde el teléfono de Villarreal, se había pedido a la Villa de "27 de Abril" se nos enviaran otras bestias alquiladas, que habrían de conducirnos nuevamente a Santa Cruz, para el regreso a la capital.

Era una jornada de siete horas, entre campos interminables, incultos y baldíos. Así pasamos por Huacas, Santa Rosa, 27 de Abril, Lagunilla y Santa Cruz.

En el trayecto de San Francisco a 27 de Abril, había prometido a Esmirna, en cuanto llegáramos a Santa Cruz, continuar y finalizar la leyenda de Nicoyán y Nandayure, pues cada instante, cada tarde de romántico jaleo, cada noche de alucinaciones pamperas, me lo había pedido insistentemente.

Pero un hecho imprevisto, me hizo contarles el final de la leyenda.

Viniendo de San Francisco, trecho más largo hasta 27 de Abril, conversábamos Esmirna y yo, apareados nuestros caballos, como que si ellos, comprendiendo nuestro idilio, quisieran también rememorar muchas cosas.

El resto de la comitiva se había adelantado bastante...

De pronto... Esmirna me dijo como alocada...

—Mira Cecilio, por qué todos se desvían del camino?...

Míralos cómo corren — y esto diciendo le metió las espuelas a su caballo y corrió a galope tendido, cosa que me maravilló, siendo una audacia, pues hasta ahora no se animaba a cabalgar sola en su caballo. Corrió y corrió por las sabanas enormes, como si quisiera llegar primero que su cabalgadura.

—Esmirnaaaaa!... Espéremeeee!.. Auuuuuu... páaaa! Esmirnaaaaa!...

No tuve más remedio que aparejar mi cholpo y correr a galope tendido detrás de ella, pues yo era el último que quedaba en la inmensidad de la llanura y en la majestad de la tarde veranal.

—Oye, Cecilio! Mira qué fruto más lindo, — gritóme Virginia, tomando en sus manos una preciosa jicarita de un verde jade chillante, y de una rara belleza jaspeada.

Era una fina modalidad de encantos de mujer, hecho fruto y emoción.

La lúbrica forma de aquella fruta, tenía la misma estatuaria redondez de un nubil seno en libertad. Carlos, el novio de Virginia, tomando entre sus manos aquella jícara preciosa, la acarició morbosamente, en son de broma y broma, pero con sádica apreciación.

Liso, brillante, grácil, con su fina poma delineada, se ofrecía aquel fruto en el árbol, con sensualidad femenina, que producía tentación.

—Y qué bello es, — dijo el novio de mi amiguita, tomando otro entre sus manos.

Alguien quiso en una burla emotiva, remedar los encantos femeninos, poniendo dos frutos verde jade debajo de su camisa. Las muchachas aunque ruborizadas, rieron la ocurrencia.

—Tú no tomas uno Cecilio — me preguntó Esmirna que trataba de llenar un bolso de jicaritas, para traerlas a la capital.—Son muy bellas, y además, ya labradas, serán un souvenir precioso para mis amigas del interior.—

Yo que había oído hablar de un embrujo sobre aquel fruto, aún cuando para mí era una cábula y fetichería, superstición y qué se yo, me limité a sonreír, y les dije con tono de burla... —Están preciosas las jicaritas amigos, pero les juro que me como una por una, las que ustedes puedan llevar hasta Santa Cruz.—

De sobra sabía la pesada carga que aquello significaba, y como dicen que en camino largo, hasta la jeta pesa, supuse que pronto se arrepentirían de ese bagaje inútil.

Virginia burlona me respondió: —Pues tendrás que indigestarte mi alma, porque yo me llevo una docena.

El árbol quedó desnudo de frutos y las alforjas repletas y así seguimos el camino. Unos correteaban por un lado y otros por otro.

En un momento dado, oí un chillido... de labios de Esmirna: —Cecilioooooo!... Auxilioooooo!...

Cuando ya corría a ver a mi compañerita, veo a Virginia despavorida en el suelo y a galope tendido su caballo. Lloraba...

La levanté y montándola a la polca, corrí donde Esmirna. Ella y su bestia, atrapadas en una zanja, estaban sin acción. No podía moverse, y estaba amenazada de caer bajo el caballo que se encabritaba al sentirse prisionero. Empecé a oír sucesivamente los gritos de los otros amigos y compañeritas, que dispersos reclamaban mi ayuda. Poco a poco con mil trabajos, ayudado por el valeroso viejo Nazario Dinarte, fuí reuniendo a

todos los paseantes, alcancé a galope la bestia que montaba Virginia y los reuní a mi lado. Carlos, montado, aún trataba de espolear a su caballo y fustigarlo... No quería dar un paso, parecía que estaba montado en un caballo de madera.

Recordé entonces el embrujo de aquel árbol sembrado en el Valle del Cayure, pero no me resignaba a creer en aquella superchería. Por eso traté de animarlos y de continuar el camino. Hasta ese momento conocía la historia, pero no le daba crédito, pues me pareció siempre demasiado peregrina dicha narración.

Las seis de la tarde, regalaban de ocre y de tintas los zacatales dormidos y las copas de los árboles. La noche se acercaba más ligero que de costumbre. El crepúsculo fué rápido, y la noche vino a sembrar más pavor en la llanura y a poner más desaliento en nuestra comitiva.

El camino real era una cerrazón de jaraguales y de canales secos. Traté de correr hacia la izquierda y un grito me contuvo...

—Cuidado, Cecilio! — Era Virginia que decía haber visto un precipicio cortado a pocos pasos de la bestia mía. Me devuelvo... detrás un farallón nos cerraba el camino. A un lado un paredón amenazante se elevaba sobre nuestras cabezas. Las bestias joscas y avioladas relinchaban sin cesar, haciendo mil cabriolas y otros tantos requiebros. No obedecían al freno, ni a las espuelas, ni al fuste... Una terrible pesantez doblegaba a intervalos las patas de las cabalgaduras. Esmirna quiso componer su alforja que se desguindaba de la albarda, y al meter las manos en la alforja trató de acomodar las jicaritas, pero dió un grito de espanto. Sintió, según nos dijo, que pesaba terriblemente entre sus manos y en vez de la jícara de jade, le pareció sentir un pecho marchito de mujer, indefinible y mutilado.

Yo, en un arranque de nerviosismo, loco ya de ayes y de lamentos, de gritos y de maldiciones, grité con todas las fuerzas de mis pulmones exaltados.

Aúuuuuuuuuuuuu... páaaaaaaa!...

Pup, pup, pup, pup, pup, pup, up, up, up, up, up páaaa!...

Un eco maldito, repartido en mil voces y en todas direcciones, contestó mi grito. Entonces empecé a sentir miedo. Nunca había creído en hechizos ni en embrujos, esas eran solo ridículas exaltaciones de borrachos y cobardes.

Esas creencias eran para mí, sólo el producto del rezago mental y cultural de sujetos nerviosos... pero... ahora, había una realidad de por medio... o yo me había vuelto acaso, ridículamente cobarde.

Todos apretujados en un claro del camino... vimos con

pavor... acercarse una sombra... No! Eran dos sombras... Pero eran varios ojos... Cuatro ojos arriba... dos ojos que se arrastraban casi por el suelo, y un ojo que flotaba...

Un cuerpo negro que chirriaba... y chirriaba... y se nos acercaba, se nos echaba encima...

Nazario Dinarte, valentón y jugado, exclamó jocho ya de tantas contumerías.

—Eh, jodido, esas son babosadas, pero por lo que sea, no hay como volverse alguna cosa de ropa al revés.

Esto diciendo, se sacó los pantalones y dándoles vuelta se los puso de nuevo con los bolsillos para afuera.

El cuerpo negro se nos abalanzaba encima. Todas dieron un grito...

Jesa!!! Jessaaaa!!! To...To... tooo!... Jesa! El carretero que llegaba, con sus bueyes y su perro faldero que caminaba debajo de la carreta, y su chuzo reluciente al hombro, se detuvo. Con pánico le contamos el extravío y él pudo convercerse de que no estábamos errados.

Ummmmmm! M'ialma, ya lo sé. Ustedes se han encontrado con el Jícaro del Cayure! Ese palo compañero, está embrujado. Sembrado aparece de vez en cuando en cualquier sitio, al paso de los "nuevos" que viajan a caballo. No hay que tocarlo pañía, está maldito, y hasta que no se boten al suelo y se reventen las jicaritas que cada vez pesan más en la mano despuécito de cortarlas, cualquier cristiano se pierde y se le extraía el camino.

Como movidos por un resorte, todos empezaron a reventar contra el suelo, aquellos pechos malditos, que al estrellarse producían un ruido extraño, de desgarró, y un lamento quejumbroso que daba pavor.

Cuando todos miraron el árbol, del cual habían tomado los frutos, ya no encontraron nada en la penumbra de la noche.

El potrero se presentaba ahora, escueto y seco, con una laguna cenagosa en medio campo y alguna que otra vaca que huyeron asustadas.

Paulatinamente se fué despejando el camino, se aligeraron las bestias, nos pasó el temor y continuamos el camino de regreso a Santa Cruz.

—Oiga amigo, y qué hora será más o menos, — le preguntó Nazario al carretero.

—Pues amigo, por allí de las dos de la mañana salí del Hatillo y ya llevo casi dos horas de arrear estos pachones, —contestó el carretero.

—Entonces serían ya las cuatro de la mañana! — dijo incrédulo Carlos.

—Ellas son — interrumpió el carretero, — pues empieza a clarear.

Esta indicación dejó en Carlos una huella de temor, como cuando no se cree lo que se está mirando.

Realidad amarga para todos nosotros.

Una noche íntegra perdidos en la pampa, por un hechizo hecho realidad... un embrujo legendario y un misterio inexplicable.

Entonces recordé que Esmirna, estaba ansiosa por saber el final de aquella leyenda cuyo desenlace habíamos vivido, embrujados en los llanos del majestuoso Valle del Cayure.



LA VENGANZA DE NANDAYURE

Seguimos la ronda del camino enmarao, cada uno recordando el incidente y deseoso de reírse de los recuerdos. Amnesqueros trasnochantes de una noche de juerga emocional, todos hicimos chiste a la luz auroral en la sabana, de lo que la misma luz ausente en la noche embrujada, nos hizo ver acongojados.

Virginia fué la primera en reírse de la facha de Nazario, cuando lo vió a caballo con los pantalones al revés.

Este, avioldado, acercándose un poco hasta su oído le dijo con ironía. —Ríase ahora señorita Virginia, — y luego como consigo mismo exclamó. —Dichosos los que pueden reír siempre, aunque con sus risas arranquen lágrimas y rompan corazones—.

—Esa es ironía, o alguna cavilación suya?,—preguntó Virginia—; desde hace varios días lo noto cambiado y pensativo y ya no es tan comunicativo y cariñoso conmigo como antes—.

—Es que a veces hay flores en los jardines, que se dejan admirar por sus colores, pero hay que cuidarse mucho de ellas, porque espinan al cortarlas o da pólipos su aroma.

—Y acaso yo soy de esas?—murmuró resentida la Virginia.

—Yo no lo digo por usted, señorita Virginia, pero es que todo este tiempo he venido solo pensando en Choncito Briños...—

—Cállese, por favor, no sea que se dé cuenta Carlos. Reclamó Virginia preocupada.

—Por mi boca no sabrá nada, señorita, y no creo que lo sepa nunca, pues en estos casos, los novios o los maridos son los últimos que llegan a saberlo—.

—Caramba! —terció Esmirna, — pareciera que usted conociera a las mujeres muy a fondo, o que ya hubiera pasado por un aro semejante—.

—Ah! Si supiera usted, señorita Esmirna. No lo digo por ustedes, que siempre hay blancas y negras, en la viña del Señor, pero la impresión que nos queda a los hombres, es que todas son iguales... coquetas, frívolas, son como la miel de las mariolas, primero le dan el dulce, y despuecito la ponzoña.

—Caramba! — curioseó Esmirna, — qué negra desilusión se habrá llevado usted entonces?

—Sí, m'hijita, es la impresión que tengo ahora de viejo, porque yo fui tunante y tágaro pa' las mujeres de muchacho. Pero saqué la amarga realidad de que el amor de las mujeres es como el de las gallinas... cuando falta el gallo grande, cualquier pollo las domina—.

—Ave María! — dijo Esmirna, — tan seria fué su decepción entonces?—

—Se puede saber acaso, si no es indiscreción, — dijo Virginia. Y si lo es perdone, ya sabe que esto es el punto débil de que adolecemos todas las mujeres—.

—Sí, se lo voy a contar, Virginia. Ya yo soy un viejo, y aunque no lo fuera, estoy escamado en asunto de mujeres. Pero como usted es joven y bonita, le voy a contar mi historia, ya que estoy cotejando una cosa con otra, y como se va a casar con Carlos, recuerde siempre los consejos de este viejo, que ha pasado ratos simpáticos al lado de ustedes.

No deje que la tachen nunca de coqueta, pues una mujer así, no es más que una canoa bonita y bien labrada, llena de agua, donde llegan a henchir su antojo toda clase de animales. Que sea bonita, y que trate de lucir sus encantos, es natural, no la culpo, pues por tradición la mujer es nerviosa, frágil, inquieta como el rabo de un perro...—

—Qué horror! Qué comparación que nos hace, Nazario,— protestó Carmaña que se había sumado curiosa a nuestro grupo.

—Yo no hago la comparación, señorita, es que así me lo contaron, y así lo he creído siempre.—

—Qué esperanza, compararnos con el rabo de un perro!— dijo indignada Virginia.—

—Cuéntenos cómo,—dijo Esmirna,—pues no le encuentro gracia a la comparación—.

—Pues verá usted; la historia sagrada no lo dice, pero como tampoco es historia mía, le voy a contar lo que me contaron... "El día que Tatica Dios, dicen que durmió a nuestro Padre Adán para sacarle la costilla, se quedó tamaño rato viendo entre sus manos aquel hueso descarnado y ensangrentado, tan torcido y delgadito, que se puso a cavilar cómo podría sacar un cuerpo de mujer, que sería entonces solo hueso.

En el Paraíso había entonces una clase de perros grandes, mechudos todos ellos, de cola preciosa y larga, y un su hocico aguzado y fino que daba gusto verlos. Como en todo está la tentación de por medio, por vez primera hasta los perros sintieron tentación de comer carne y el perrazo se tiró encima de la costilla que tenía mi Dios en la mano y salió a estampida entre los árboles, para irlo a roer largo. Dicen que mi Dios man-

dó detrás del perro a un ángel que le quitara el hueso del hocico, pero el animal matrero se le encuevaba donde quiera al ángel. En una de las carreras en campo abierto, el perro veloz con su rabo parado, era como una exhalación, y entonces el ángel se acordó que él podía volar y ganarle al perrazo, y entonces alcanzó al ladrón, lo agarró del rabo... pero era tanta la carrera, que el rabo se despegó y quedó retorciéndose en las manos del ángel, que se puso triste por el daño que había hecho a un animalito del Señor, pero cuando quiso volver a seguir al perro, éste se había estrellado en la furiosa carrera contra un árbol, se le había hundido el hocico completamente y la costilla aunque se la había tragado entera, le había desgarrado los belfos y achatado la nariz.

—De modo entonces, —interrumpió sonriente Carmiña,— que el perro siempre se salió con la suya?—

—Sí, se salió con la suya, y desde entonces, para la posteridad, de aquel perro vinieron sus descendientes con el hocico fiato, los colmillos salidos y chingos de rabo, y que son los que las gentes llaman perros "buldog".—

—Una enorme carcajada premió la salida de aquel hombre... pero se rieron más aún cuando acuciosa e intrigada preguntó Virginia:

—Bueno, pero entonces qué hizo Nuestro Señor en el Paraíso, si estaba esperando la costilla para hacer a Eva?—

—Bueno... , a mí no me lo crean, pero como el ángel volvió sin la costilla y le contó al Señor lo sucedido, Este, con santa ira, dijo:—De por sí la mujer será la eterna inquietud del hombre... pues entonces la sacaré de aquí. Y con su eterna sabiduría hizo la mujer del rabo del perro que llevaba el ángel en la mano...

—Un coro de risas coléricas unas, y burlonas otras, espantaron la parsimonia de las bestias, que cavilaban en los polvosos caminos, el misticismo de sus vidas, esclavas hoy de los caprichos del hombre que cabalgan sus espaldas y que hieren sus hijares a punta de sus espuelas.

—Bueno, bueno,...—dijo resentida Esmirna—ya se burló de nosotras, pero el motivo de su historia era otro, que nos dejó de contar.—

—Ah, sí, —dijo Nazario, ensombreciendo de nuevo una ola de recuerdos su semblante.—Me refería a mi historia para darle consejos a la señorita Virginia.—Cuando yo llegué a la zona bananera, iba acompañado de mi mujercita, frescota y bonita... Era linda, lindita. Blanca como la leche que chorrea al arrancar las flores de los sacanjuches. Su mejilla tenía el tinte rosado de la cáscara de los jocotes tronadores, con camancitos hondos como la huella de un dedo fino que mete

un niño en una pelota de barro encuriolado. Sus dientes eran pedacitos de yuca cruda entre chapas de tomate y yo estaba enamorado. Yo llegué a buscar dinero, a como me dijeron que chorreaba el oro.

Lo único que conseguí fue que me dieran de Forman, que es el hombre que maneja los peones por cuadrillas; es quien le toca soportar los odios de la peonada que ve en uno al "cucharilla" y caviloso, sin saber que uno por un sueldo infame, tiene que cumplir con lo que le mandan los de arriba, y sacrificar los infelices, explotar sus fuerzas, y agotar sus energías. Yo no estaba contento con mi puesto por las malquerencias que sabía me estaba echando encima, pero mi Jefe, el Administrador de la Finca, me daba ánimos para seguir y ya no solo no esperaba que fuera a su casa a darle los informes diarios, sino que él se tomaba la molestia de llegar todas las noches a mi casa en la zonita gris, diz que para que los peones no dijeran que yo los iba a "zapear" a casa del Mandador. Mucho agradecía a este joven Mandador, cómo se preocupaba por mi trabajo, pues pronto recibí aumento de sueldo, y no escatimaba el pago de mis horas extras. Yo tenía, en solo horas rojas, un segundo sueldo. No conforme con eso, nos invitó un día a su casa a un gran almuerzo, con tragos y guitarras y la fiesta se alargó hasta la noche, en que me llevaron completamente embolao hasta mi casa. Creo que hice algún desastre en su casa por efectos del licor, pero él nunca me dijo nada ni me cobró los daños, antes al contrario llegó a mi casa a pedirle excusas a mi señora, apenado por los resultados de la fiesta y... qué se yo.

Cuatro meses después, luego de una jornada de corta excesiva de fruta, me esperaba muy contenta mi muchacha para decirme que el Patrón le había prometido que sería ascendido ese mes al puesto de "esprey master" con mejor sueldo y más chance de ganar mis horas rojas. Yo tenía ya toda la consideración del Mandador de la Finca y a veces, con el fin de que me distrajera un poco de mi excesivo trabajo, me comisionaba encargos suyos muy delicados por cierto, para que fuera a Palmar, a Puerto Cortés, y hasta Golfito. Es natural, aunque yo quería llevar a mi Conchita, no podía hacerlo, pues nuestro hijito, todo desmedrado y raquítrico por efectos del clima mator de esa zona, no podía andar para arriba y para abajo.

La última vez que hiciera viaje a Golfito, regresé, encontrándome una gran sorpresa. Ya mi casa no estaba en la zona gris. Ya tenía mi casa amueblada y lujosamente adornada en la "yarda" o zonita americana. Mi casa estaba a la par de la

del Mandador de la Finca y yo ya era un alto empleado de la Finca. Era el "Taimquiper"!

Esa noche el Mandador tenía licor en su casa, tres botellas de "juisqui", una caja de cerveza, que él ya sabía que era mi bebida favorita, para tomarla con pintas de sal, cosa que a él le hacía gracia. Había maní en latas, salchichas, jamones, aceitunas, qué les cuento!

Dos lágrimas furtivas surcaron la rugosa piel del viejo sabanero, y sin empacho de enjugarlas públicamente, continuó diciéndonos Nazario:

En la cara linda de mi mujer, de la Conchita que tan inocentemente amara, brillaba ahora una extraña felicidad. Yo la veía un poco rara, más coqueta, más vanidosa, pero me imaginé que era efecto de la dicha de mis éxitos, que en tan poco tiempo llegara a obtener. Yo estaba feliz de haber hecho escuela, y de que la compañía tomara tan en cuenta mi trabajo y me pagara tan bien mis energías que yo ponía a su servicio. Cuestión de suerte, pensaba yo, pues otros trabajadores con más de diez años de trabajo en esas fincas no habían pasado de ser lo que habían sido.

Esa noche entonces, se bailó al compás de acordeones y guitarras, con radio a ratos, se cantó, y la bebida copiosa fué dando colorido a la reunión. La Conchita varias veces me hizo brindar por la salud del hombre más bueno, más servicial y bondadoso, encarnado en la persona del Mandador que se desvivía por atenderla y bailar de continuo sus bailes favoritos. Los chistes subidos de color y picantes, de doble sentido, pimentaron la reunión con ironía y sonrisas maliciosas.

En un momento dado, doce de la noche, que marcaban el nacimiento de un nuevo año, la algarabía de la peonada, reunida allá en su campamento, llegó a mis oídos con estridencia y alegría salvaje. Los gritos fueron para mí algo así como una burla, no supe de qué, ni por qué, hasta que el Patrón que estaba a la par de la Conchita, llenó su copa y la de ella, le deseó un feliz año nuevo, y brindó por los futuros Mandadores de la vecina finca, pues a decir suyo, sería yo elevado a la categoría de Mandador, debido a mis excelentes aptitudes de trabajo.

El exceso de licor no me cegó del todo para observar los ojos de felicidad y de codicia que pusieron la Conchita y el Mandador, quien aprovechando las doce de esa noche feliz... bueno qué les digo... no me quisiera recordar... —dijo tristemente el sabanero.

—Pobrecito!—fue lo único que murmuró Carmiña.